

trayectoria social de la alianza para el progreso

• ROBERTO MARCHANT

segunda parte

• OBJETIVOS DEL PLAN INTERAMERICANO

EN una reciente disertación en Nueva York, el Secretario Ayudante de Estado para América Latina, Mr. Richard N. Goodwin, resumió las aspiraciones norteamericanas frente a la coalición de los esfuerzos materiales y la voluntad reformista de ambas porciones del continente. Este joven y talentoso dirigente de la administración demócrata orienta las relaciones con los países del Sur, primero como asesor de Kennedy y luego en su posición en la Secretaría de Estado, a raíz de la reorganización en 1962 del comando norteamericano de la Alianza, para hacerla más dinámica en

su aplicación. Además de ser el principal autor del discurso presidencial de marzo de 1961, concurrió a las dos conferencias continentales en Punta del Este y visita con frecuencia las naciones sudamericanas, habiendo intervenido en la búsqueda de soluciones a las serias crisis financieras sufridas por Brasil, Argentina y Chile en época reciente.

Al decir de Mr. Goodwin —que trabaja en armonía con el doctor Arturo Morales Carrión, antes Secretario de Estado de Puerto Rico y ahora Ayudante del Secretario de Estado en Washington, y con el antiguo responsable del Plan de Fomento puertorriqueño y actual director de la Alianza, Mr. Teodoro Moscoso— las normas salientes de este intento

de colaboración directa entre las colectividades latinas y las misiones técnicas que proporciona Estados Unidos deben ser: 1) mediante la adecuada planificación y utilización de los recursos naturales de cada país, se logrará un rendimiento más alto y acelerado de las limitadas riquezas del mundo latino, en el actual estado de su economía, y se aprovecharán más intensamente los factores humanos que deben actuar en una movilización de esta especie; 2) la reforma social es un requisito indispensable para levantar el lamentable estado físico y espiritual de las mayorías ciudadanas en casi todas las repúblicas latinas, permitiendo que, gracias al empleo justo de los aportes nacionales, se obtenga la satisfacción de las necesidades básicas a la civilización por parte de estas decenas de millones de seres que viven al margen del siglo XX; 3) el programa de reformas agrarias propiciado por la Alianza corresponde a la demanda universal que hoy sacude al mundo por una participación creciente en la propiedad de la tierra, en particular en aquellas entidades donde el mayor porcentaje de la población vive en torno a esta actividad fundamental; 3) a la vez que se ejecutan las anteriores condiciones previas a la liquidación del pasado semifeudal en América Ibérica, hay que ir pensando en términos de la integración continental, de modo que las naciones latinas complementen sus producciones y consigan la creación de mercados muy superiores a los de hoy, lo que paulatinamente estimulará las tendencias ya manifiestas para la ulterior agrupación en federaciones regionales.

Las iniciativas de esta primera etapa revelan la presencia de algunos factores positivos. Ya las naciones más adelantadas —Argentina, Brasil, México, Chile, Colombia y Venezuela— disponen de organismos de estudios económicos y planificación interna, compuestos por las nuevas generaciones de técnicos formados tanto localmente como en universidades norteamericanas y europeas. En este aspecto, los realizadores de los proyectos de la Alianza se encuentran ante uno de los elementos humanos que en buena medida habrá de servir en los años venideros para trasladar a la práctica las disposiciones teóricas elaboradas a través del decenio último.

El deseo de mútua colaboración y la asistencia recíproca dentro del hemisferio, constituyen contribuciones novedosas para el ambiente americano. Aquí otra vez se denota la diferente actitud de las promociones más jóvenes, que están entrando a la vida con una disciplina intelectual de miras más anchas y que visualiza el continente bajo diseños más ambiciosos que los imperantes en un pasado próximo. Hay muchas señales de que las viejas fricciones entre los pueblos vecinos y el nacionalismo exaltado y desprovisto de razón en los hechos, están cediendo el paso a una concepción bastante más realista de lo que es América Latina y cuáles son sus posibilidades inmediatas. Cabe agregar que esta orientación de índole hemisférica y dedicada a la asimilación de las diversas nacionalidades predomina entre las juventudes, que por cierto forman mayoría en las poblaciones latinas, por lo que habrá de imponerse en la hora del resurgimiento la-

tino-americano a que dará lugar el cumplimiento de los fines de la Alianza.

Uno de los obstáculos que amenazan al ritmo acelerado que precisaría llevar un plan de esta naturaleza, los encarna la mentalidad prevaleciente en tantos de los círculos dirigentes de nuestros países. Aunque las condiciones del continente son lo suficientemente dramáticas como para suponer un mayor sentido de responsabilidad, los medios tradicionales de muchas de las repúblicas no despiertan del largo sueño colonial que fuese la regla de convivencia en el pretérito. Es en ellos donde surgieron las críticas iniciales al programa de Kennedy, las que luego se fueron acentuando hasta constituir un frente de resistencia a las medidas de modernización institucional y desarrollo social. Fue por eso que el jefe norteamericano consideró imperativo dirigirles el párrafo sustancial del mensaje conmemorativo de marzo: "Quienes poseen las riquezas y el poder en las naciones pobres, deben aceptar su propia responsabilidad. Deben encabezar la lucha por aquellas reformas básicas que son las únicas que pueden preservar la trama de sus propias sociedades. Quienes hacen imposible la revolución pacífica harán inevitable la revolución violenta"— en la esperanza de que sus palabras serían meditadas y alcanzarían algún efecto.

Junto a su discordia, esos núcleos, reducidos en número pero decisivos en la influencia política y económica, han desplegado una argumentación contradictoria respecto a la creación de la Alianza. Sostienen en varias de las capitales sudamericanas, y particularmente dentro de asociaciones financieras y comerciales, que la tesis del pacto de Punta del Este pro-

viene del "extranjero" y que, por lo tanto, no se le debe otorgar acogida dentro de las respectivas ciudadanías, dejando en claro que resienten la proyección interamericana de esta idea lanzada en la Casa Blanca y sus probables derivaciones en los medios locales. A más de ser ésta una noción ya superada por la realidad del mundo contemporáneo, en que juegan los factores externos tanto o más que las corrientes domésticas, es notoria su falta de consecuencia con lo sostenido por estos personeros, en ocasiones anteriores, ante el concurso económico exterior. Previamente a la gestación del programa renovador fueron ellos, en efecto, que por varios años desearon engrosar el empleo de los financiamientos internacionales con preferencia a la provisión creciente de fondos internos en los presupuestos de nuestros países. Ahora paradójicamente, se procura detener la marcha del plan con el cargo de que constituye una intervención foránea en los asuntos de cada república.

Del otro lado, se cuentan los ataques del comunismo y sus aliados, que característicamente repiten en el ámbito latino la misma propaganda que usaron en la Europa agobiada de la postguerra. Durante 1947-48, cuando se inauguraba la cruzada del Plan Marshall y su significado restaurador se hiciera evidente, los partidos obedientes a Moscú optaron por negar toda colaboración a la acción conjunta entre Norteamérica y las grandes democracias europeas, bajo el pretexto de que el auxilio material de la Unión era una conspiración capitalista para penetrar las débiles economías europeas y dominarlas en definitiva. Aunque los hechos se encargaron de ir desmintiendo el

absurdo de esta tesis totalitaria, las agrupaciones comunistas no cesaron en sus consignas hostiles a las donaciones y créditos emanados desde Washington, aún en medio de la notoria reconstrucción física y espiritual que se efectuaba en torno a ellas. Igual actitud y parecida obstinación revelan hoy las ramas del comunismo latino ante la existencia de un acontecimiento tan importante y decisivo para el futuro de nuestras poblaciones como en la Alianza.

Aparte de su ceguera ideológica para reconocer las ventajas de este aporte externo en las duras circunstancias actuales, es obvio que las filas marxistas no miran con simpatía el avance de una política reformista que, además de corregir las injusticias sociales, habrá de resultar en más holgadas normas de vida para los 200 millones de latinoamericanos. Es ampliamente conocida la postura comunista en este sentido, que lleva a sus adeptos a mantenerse fuera de cualquier proyecto que permita enmendar, dentro de la libertad y la democracia, las deficiencias de las sociedades latinas. Su conducta fue de abstención o de censura ante aquellos cambios que sinceramente anhelan el alivio progresivo en el deprimente estado general de las masas del continente. La estrategia de su movimiento les hace luchar por obstruir cualquier proposición constructiva, en la confianza de que, continuando la gravedad de la situación doméstica en la mayoría de estos países, tendrán que beneficiarse a la larga con la conmoción interna que sobrevendría en caso de preservarse el presente cuadro.

Por último, la acción comunista en América Latina ha sido antagónica a los

decisivos ensayos de colaboración continental acordados en los años últimos. Con monótona insistencia, utilizando el pretexto del imperialismo norteamericano y la amenaza de la infiltración capitalista, fueron pertinaces en su oposición a los convenios fundamentales de la marcha latinoamericana. Intentaron detener la Carta de Bogotá, en 1960, que a través de las dos asambleas de Punto del Este, daría nacimiento a la Alianza y, de modo paralelo, a las negociaciones para la Zona de Comercio Libre, que sirve de antecedente al futuro Mercado Común del hemisferio latino. Los votos negativos de los parlamentarios comunistas, en aquellas repúblicas donde disponen de representación, y la crítica constante de su prensa, son demostraciones claras de carácter antiamericanista que guía a los seguidores de Moscú dentro de nuestras comunidades.

● *BALANCE DE QUINCE MESES*

La evolución del pacto interamericano durante 1961 y lo corrido de este año, revela lo mucho que queda aún por hacer para trasladar la Alianza a un plano de eficiencia y verla tomar un paso más desenvuelto. Observando este período resaltan los errores directivos cometidos por ambas partes, a través de la transición seguramente más difícil, cual es la instauración de las reformas. Y ya que describimos las vacilaciones gubernativas que fueron el común denominador entre la mayor porción de las colectividades latinas, corresponde mencionar las debilidades que igualmente se perciben en el sector oficial norteamericano.

En Washington subsiste todavía un ambiente de preparativos para las actividades en que habrá de intervenir la cooperación de la Unión junto al rehacer interno latino. A pesar de la buena voluntad y el interés del Presidente, más la dedicación de las principales figuras que disponen de autoridad en la esfera interamericana, es notorio el margen que media entre los deseos que inspiraron a la coalición y los resultados logrados hasta hoy. Influyen en este retraso los diversos relevos administrativos que se fueron sucediendo en 1961 entre los ejecutores de la nueva política, a la vez que se descubren los inevitables vacíos humanos que acompañan a una tarea de tal relieve y complejidad. Mediando 1962, recién se contemplan las disposiciones de carácter funcionario que intentarán reforzar esta operación de emergencia, empujándose las directivas del Departamento de Estado en conseguir la actuación de personas con la debida potestad y el indispensable empuje para hacer avanzar la obra común de los 20 países.

Con motivo de la conmemoración del primer aniversario, se estimó oportuno efectuar una revisión del camino andado y trazar las rutas por recorrer en esta empresa americana. En una serie de conferencias leídas en abril, las que tuvieron lugar en la Unión Pan Americana, elementos distinguidos de Norteamérica y del mundo latino resumieron los puntos de vista de quienes confían en que la Alianza habrá de llegar a buen término, no obstante los atrasos ocasionales de tipo burocrático y la desigual interpretación que de sus objetivos tienen muchos de los poderes asociados.

Los conferenciantes insistieron en el apremio que reviste la cruzada continental, ahora en su fase determinante. Dijo así el ex presidente José Figueres, de Costa Rica: "La Alianza puede considerarse como la tercera entrada de Estados Unidos en un mundo en batalla. En esta lucha el teatro de guerra es el hemisferio americano. Las contiendas son de una naturaleza diferente. Una vez más, sin embargo, la aparición del nuevo luchador en el campo de batalla asegura la victoria para la causa de la libertad".

Se puso el acento, a la par, sobre la reorganización del orden social iberoamericano, cual lo sintetizan las palabras del director de la Alianza, Teodoro Moscoso: "El pueblo de los Estados Unidos no está preparado para apoyar un esfuerzo en gran escala que vaya a resultar en la perpetuación de sistemas económicos y sociales que fueron estructurados para beneficiar a unos pocos en detrimento de los más. Preferiríamos retirar nuestra asistencia antes que participar en la mantención de un status-quo caracterizado por la injusticia social".

Hubo, como es de suponer, un reconocimiento del incesante afán de mejoramiento hemisférico, al que tantos expertos latinos dedicaron su devoción y experiencia. Lo subrayó el prestigiado economista argentino Raúl Prebisch, acaso la figura más influyente en este campo, a través del cargo rector que ocupa en los órganos técnicos de Naciones Unidas: "Las ideas que sostienen a la Alianza se estuvieron formando por años en América Latina. Hemos mantenido constantemente el concepto de que un movimiento de industrialización vigoroso era imperativo en el proceso de desarro-

llo. También hemos afirmado la inevitabilidad de la reforma agraria y otros cambios en la estructura social, para facilitar la absorción masiva de la tecnología moderna y la redistribución masiva de los frutos del desarrollo. Llamamos la atención hacia la importancia de los términos del comercio exterior. La idea del Mercado Común latino nació en nuestros países". Y enseguida: "América Latina tiene que proyectar su propia imagen --su auténtica imagen-- en este proceso. Debemos moldearla de acuerdo con nuestros propios modos de sentir y de pensar y según nuestros propios conceptos de acción".

El presidente de la Universidad de Johns Hopkins, que fue la institución que convocó estas reuniones, el Dr. Milton Eisenhower, creyó conveniente aludir a la gestión misma del convenio, de esta manera: "Los esfuerzos presentes para construir una mejor vida dentro de la libertad en este hemisferio, son pasos naturales e inevitables en el largo proceso evolucionario que habría alcanzado este punto decisivo, aún sin que un líder cubano egocéntrico hubiese traicionado a su pueblo, al entregar a su patria al control de hierro de la conspiración comunista internacional. Ciertamente, veo la Alianza como un programa positivo de pueblos ilustrados para alcanzar, por fin, aquella justicia para todos que se bendice en nuestras convicciones religiosas. Es de admitir que la amenaza del Castro-comunismo aceleró decisiones y acciones. Pero no las causó o creó". Completando su pensamiento con esta apreciación: "Si, en su larga intervención en Cuba, los Estados Unidos hubiesen alentado el grado de justicia social que anhelan para

su propia comunidad, todo el curso de las relaciones entre Norte y Latino América hubiese sido bastante diferente. El hemisferio no necesitó haber sido ajado por un Batista o por un Castro. Se desperdició una oportunidad sin precio".

Concluyendo la serie, expuso sucintamente el Secretario de Estado, Dean Rusk, la posición de su país ante la nueva realidad americana: "Nuestra Alianza representa la más importante empresa común en la larga historia de nuestro hemisferio. De su éxito depende el bienestar individual de cientos de millones de seres en nuestros pueblos, la independencia y libertad de muchas de nuestras naciones, y el continuo florecimiento de esa civilización que nuestros antepasados construyeron en la soledad y que sus sucesores se esforzaron por traer a su apogeo. La Alianza significa una aceptación por todas las naciones del hemisferio --del Norte al igual que del Sur-- de nuestra responsabilidad común de crear una civilización americana donde ningún hombre sea forzado a vivir su existencia en el hambre o en la pobreza sin salida, donde cada hombre tenga el derecho a esperar una vida mejor para él y sus hijos".

Ante la categoría de estas opiniones, es significativo el optimismo que ostentan quienes, junto con discernir las dificultades subsistentes, confían en que el ánimo de victoria de las poblaciones latinas habrá de conferir al programa el grado de urgencia que tanto requiere. De este espíritu dependerá, en el fondo, el progreso social y económico para 200 millones de iberoamericanos que patrocina esta Alianza fundada sobre la libertad. ♦